

JEAN IRIGOIN (1920-2006), *in memoriam*

Jean Irigoín, miembro del Consejo Asesor de EMERITA, murió el 28 de enero de 2006. Quienes lo conocieron querrán saber que afrontó la muerte con serenidad; la enfermedad, con su muerte anunciada, le había concedido algo de tiempo para organizar sus papeles y su biblioteca. Alguien que lo visitó poco antes de su muerte, lo encontró todavía de pie organizando el traslado de sus libros y haciendo comentarios sobre el valor de algunos de ellos; al comprender la emoción del visitante, Irigoín le dijo: “*Tout s'achève ainsi, voyez-vous. Mais mes livres serviront encore.*” Sorprendente prueba de su modestia, no se estaba refiriendo a su obra, sino a su biblioteca.

Quizá por sus lejanos orígenes vascos, Irigoín siempre expresó una simpatía incondicional a los españoles que a él acudíamos y a los que siempre brindó su apoyo. La celebración de un Congreso internacional de paleografía griega en España era una propuesta que Irigoín formulaba una y otra vez a los españoles que estudiamos códices griegos y su deseo se cumplirá en 2008, cuando se celebre en la Comunidad de Madrid la VII edición de ese Congreso, que organiza el Prof. Antonio Bravo García. Sin duda, el VII Congreso Internacional de Paleografía griega será un homenaje a su figura.

Desde 1986 hasta 1992, Jean Irigoín ocupó la Cátedra de Tradición y Crítica de los Textos Griegos del Collège de France, puerta con puerta con Jacqueline de Romilly; desde 1965, fue Directeur d'études de Philologie grecque à l'École Pratique des Hautes Études (IV^{ème} section), donde tuve la suerte de asistir a sus clases, que él impartía con una claridad y un *tempo* insuperables, manifestando su *penchant* por lo que se podría llamar “el establecimiento de los hechos”, la reconstrucción de lo sucedido, ya fuera la corrupción de un pasaje, la elaboración de un manuscrito o el recorrido geográfico y temporal de una constante codicológica. Eran seminarios en los que se nos invitaba a acudir a la Bibliothèque Nationale a ver manuscritos griegos y se nos enseñaba a formular ante el código los interrogantes adecuados; el maestro nos invitaba a ir más allá del texto y contemplar en toda su complejidad el testimonio escrito, valorándolo no como mero soporte de la literatura antigua sino como testimonio de una civilización que gracias a él es también la nuestra.

Irigoín tenía un estilo incomparable en su sencillez y en su precisión a la hora de afrontar estos retos, que estuvieron caracterizados por una gran amplitud de miras y

por la capacidad de implicar a los demás, de hacer ciencia en común, sumando esfuerzos e ideas: se interesó así por la encuadernación bizantina y por la métrica de los poetas antiguos, pasando por la cultura griega en el Sur de Italia. Sus contribuciones más teóricas en el ámbito de la paleografía nos han hecho reflexionar una y otra vez sobre qué hemos de considerar pertinente en nuestros análisis de la escritura griega y por qué no podemos estudiarla fuera del contexto cultural que la explica. Sus estudios sobre el papel de los manuscritos griegos son utilizados por cualquier historiador de este material escritorio. Su análisis del fenómeno de la transliteración y las consecuencias de éste en la historia de los textos es simplemente imprescindible para cualquier helenista; lo mismo se puede decir de su reconstrucción del enigma paleográfico de este proceso, es decir, el paso de la escritura mayúscula a la minúscula, que él consiguió resumir en un puñado de leyes, buen ejemplo –en mi opinión, el más brillante– de la nitidez con la que pretendía explicar los hechos del pasado. Su reconstrucción de la historia del texto de Plutarco es una espléndida ofrenda en el altar de la filología, pero lo mismo podríamos decir de sus lecciones sobre la transmisión de los filósofos o los historiadores antiguos.

El legado de Jean Irigoín excede, como apuntábamos, el de su trabajo personal, el de sus libros. Parte de su labor, la más difícil de reconocer, fue difundir el trabajo de los demás, por ejemplo, auspiciando la publicación del libro de Berthe van Regemorter sobre la encuadernación bizantina o de las actas del Primer Congreso Internacional de Paleografía griega, cuya preparación corrió a su cargo, aunque en la propia publicación no queda explícita tal circunstancia. En realidad, su legado incluye también el de sus colaboradores, discípulos o alumnos, no sólo porque nos animó a realizarlo o nos proporcionó información para sacarlo adelante, sino porque sin su apoyo más de una vez habríamos renunciado. Por esta razón, aunque pueda parecer que los que seguimos aquí caminando hacia la muerte olvidamos a los que ya se fueron, no es así: de Irigoín no sólo quedan sus libros, él sigue viviendo en nosotros, que le estaremos por siempre agradecidos, y nuestro trabajo lleva consigo el reflejo, aunque pálido, del suyo.

INMACULADA PÉREZ MARTÍN

P.S. Se puede consultar el currículum de Jean Irigoín en:

http://www.college-de-france.fr/media/ins_pro/UPL7525_BIBLIO-IRI.pdf